

Medio	LA TERCERA REPORTAJES
Fecha	12/06/2016
Mención	El gobierno de la decepción. Mención a la UAH.



El revés de la trama **Héctor Soto**

El gobierno de la decepción

Hasta aquí, el balance del actual gobierno es muy adverso en términos políticos.

Los gabinetes no son espacios para instalar amigotes. Pero tampoco para andar reclutando gente de la cual se desconfía.

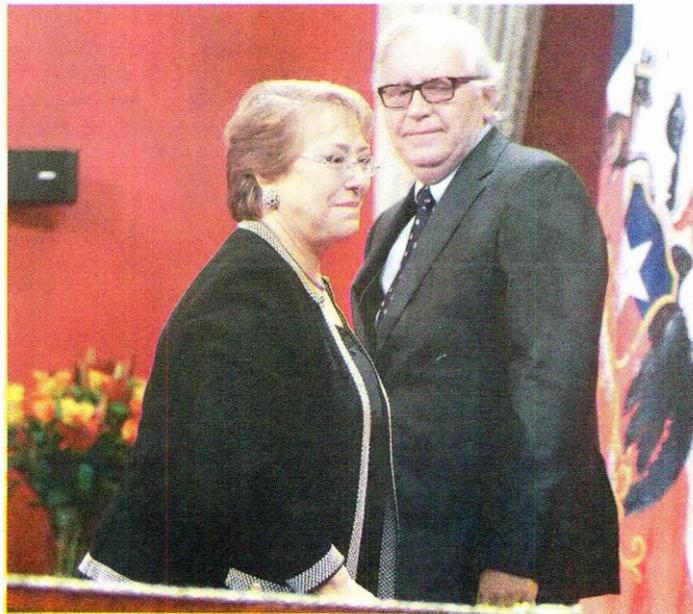


FOTO: ENRIQUE FUENTES Y

Con la salida de Jorge Burgos del Ministerio del Interior el gobierno sumó otra desilusión más a su largo historial de decepciones. El ministro trató, pero no pudo. Si aceptó el cargo hace 13 meses, fue porque entendía que había espacio para rectificar. Como no lo encontró, al menos en la proporción que esperaba, prefirió irse. Así de simple. Adujo cansancio. Debíó decir posiblemente hastío. Lo concreto es que al desertar, el gobierno debió dar por quemada otra oportunidad más –era la segunda– para ordenar un gobierno que hasta aquí ha sido políticamente desastroso. Que pase entonces el siguiente.

Los ajustes ministeriales tienen siempre una doble dimensión. Por así decirlo, juntan el reconocimiento de un fracaso, porque algo no está funcionando bien en la cartera del que se va, con la confianza en que las cosas podrían andar mejor con el que llega. Sin embargo, el relevo que tuvo lugar el miércoles pasado tuvo bastante de lo uno y muy poco de lo otro. En este sentido, bien podría ser el de menor carga anímica y emocional que haya visto la política chilena en mucho tiempo. Quedó claro que Burgos se fue por falta de sintonía política y personal con la Presidenta. Pero no quedó en absoluto claro que con el nuevo ministro las cosas vayan a cambiar demasiado. Es más, el cambio parece haberse hecho pensando precisamente en que las cosas sigan como están y persistan en la dirección que llevan.

Donde sí puede haber una mejora es en la química de las personalidades. Este no es un asunto menor. Los caracteres cuentan y vaya que importan. La historia política de Chile demuestra que los gabinetes son el espacio menos indicado para instalar amigotes, porque la experiencia demuestra que, más que sumar, normalmente restan. Pero tampoco son lugares para convocar a gente de la cual se desconfía. Es tan dañino un extremo como el otro. Efectivamente, entre Bachelet y Burgos –por historia, por sensibilidad,

por genes– nunca hubo mayor empatía ni conexión. Quizás en algún período intentaron tenerla e hicieron algún esfuerzo de aproximación. Lo que el país vio, sin embargo, fue más bien lo contrario. Una brecha profunda en los estilos políticos de ambos. Un estruendoso vacío de comunicación. Cero complicidad. Al revés: lo que se vio fue más bien un esfuerzo laborioso y no siempre necesario del ministro por explicitar diferencias. Y una espontaneidad aparentemente distraída de la Mandataria –nada le sale mejor que eso– para quitarle el piso a su ministro, bajarlo del carro, excluirlo, ignorarlo o derechamente desautorizarlo.

Desde luego, nada en esta tele-novela tenía sentido. Ni para ella ni para él. Aun menos para el país. No están los días para tanteos ni tonteos. Desde esta perspectiva, es bueno que haya terminado. El problema es lo que venga. Bachelet, ya está claro, no está dispuesta a ceder ni compartir su gobierno. No, al menos, de la manera en que lo hizo en su administración anterior, donde a ella le fue bien y quedó, no obstante, muy disforme. Su ecuación ahora es dis-

tinta: prefiere quedar mal a transigir lo que considera innegociable. Preferible la satisfacción de hacer lo que siente que tiene que hacer al sentimiento de culpa de no haber hecho lo que debía. Eso significa persistir en reformas que la ciudadanía rechaza, dilatar decisiones en temas donde la coalición está dividida, mantener una permanente duda sobre las verdaderas prioridades de su proyecto político, recluirse en un círculo de incondicionales donde los partidos tienen poco peso y los ministros menos y, en fin, entregar señales confusas por la vía de construcciones retóricas tipo “realismo sin renuncia” o una supuesta opción por la productividad en circunstancias que, hoy por hoy, en gran parte de la acción del gobierno el crecimiento pasa inevitablemente a pérdida.

Como cada día puede ser peor y como cada semana que pasa se va descontando del capital político que al gobierno le va quedando, el principal desafío del nuevo titular de Interior –habrá que ver si se gana el título de jefe del gabinete y si la Presidenta se lo concederá– será sincerar lo que se quiere y se

puede y ordenar a la Nueva Mayoría. Está visto que habrá que jerarquizar y contener. También de comenzar a hacerse cargo de los efectos no deseados de reformas mal concebidas y extraviadas. En algún momento, por ejemplo, el gobierno tendrá que afrontar el desempleo. O el desangramiento de la educación pública. O, en un plano más pequeño y acotado, preguntarse si tiene sentido que una política como gratuidad termine tirando a la lona precisamente a las dos universidades privadas –la UDP y la UAH– que parecían ser las más sensibles al proyecto político de la centroizquierda. Se dirá que son detalles, pero ¿esa era la idea o esto salió de rebote?

Al final, la desconexión que la Presidenta tuvo con su ministro del Interior no fue nada comparada a la que sigue teniendo con el país. Esta es mucho peor. Por eso su agenda está interpretando apenas al 25% de la ciudadanía. Y por eso, también, podrán seguir entrando o saliendo ministros, sin que estos ejercicios modifiquen un ápice la dinámica de la decepción. ●